

PRIMERA PARTE

1

No nos habíamos visto desde hacía mucho tiempo. Me pareció que Billy no había cambiado demasiado. Lo noté, tal vez, un poco menos flaco y un poco más triste. Pero nada más. Llevaba el pelo largo, igual que siempre, y vestía unos *jeans* rotos y una camiseta negra de los Indios de Cleveland. «Un poco más de tristeza y de carne», pensé. En el fondo, yo sabía que el tiempo había pasado y que seguramente había cambiado algo más que la piel, la cual, en las manos, empezaba a mostrar arrugas, además de las patas de gallo.

Entramos en el restaurante, una pizzería en el centro de la ciudad. Descendimos por las escaleras ubicadas hacia el fondo, luego de cruzar frente a una barra atendida por una mujer gorda y chaparra. Nos sentamos en una mesa con bancas de madera. El chico que atendía, un moreno alto y corpulento, era amigo de Billy y también dueño de la pizzería. Nos entregó dos menús luego de saludar efusivamente a Billy.

—Anchoas —dijimos el uno para el otro, casi sin mirar el menú.

Sonreímos. Nos alegraba saber que ciertas cosas continuaban invariables.

—Lo siento —dijo el amigo de Billy, apenado—. Es la única de la carta que no tengo.

No sin protestar, pedimos una de espinaca y dos cervezas.

—¿Qué pensás de lo de Celeste Camposanto?

Lo miré confundido.

—¿Pensar de qué? Hace mucho que no sé nada de ella.

—Entonces no te enteraste. Se suicidó.

—Ya —dije incrédulo, sin encontrar algo mejor que decir—. ¿Todavía vivía en Barcelona?

A mí mismo me sorprendió mi tono frío. Yo me había enterado de que Celeste ya no vivía en México, a causa de su madre. Me encontré a la mujer varios años antes en un supermercado. Me contó que Celeste se había casado con un catalán al que conoció en México y con el que se mudó a Barcelona. Le dije que me alegraba mucho la noticia y que le diera mis saludos cuando hablara con ella. Nunca supe nada más de Celeste ni de su madre; hasta esa noche.

—Sí, fue en Barcelona. Aparentemente dejó a un marido y a un niño de siete.

Me crucé de brazos para escuchar el resto de la historia con atención. Billy dijo que él se había enterado a través de su esposa, que conocía, de la infancia, a una prima de Celeste. Aparentemente, Celeste se había suicidado en su apartamento en el barrio de Sant Pere colgándose con un cable eléctrico del techo. Quien avisó fue un vecino del edificio

de enfrente. El hombre, un anciano, le dijo a la policía que más temprano en la tarde había visto a Celeste subir en una escalera para colgar un cable del techo, pero pensó que simplemente pretendía reparar una lámpara o cualquier otra cosa. Dos horas más tarde la vio colgada, y llamó inmediatamente.

El amigo de Billy trajo dos botellas de cerveza importada. Bebimos en silencio. En el restaurante sonaba Time, de Pink Floyd. En una mesa de enfrente había un grupo de unas quince personas, entre adultos, jóvenes y niños. Parecía una familia que festejaba un cumpleaños o algo por el estilo. Una chica, a la que le calculé entre veinticinco y treinta años, vestía una camiseta de Pink Floyd. Me pareció una coincidencia simpática. Sonreí para mis adentros y no pude evitar seguir la letra de la canción entre dientes.

Ticking away the moments that make up a dull day. You fritter and waste the hours in an offhand way.

—Celeste siempre estuvo loca. Vos lo sabés. Yo la conocí poco...

—Sí, poco —intervine.

—Pero dejar a un niño de siete —dijo Billy—. Yo siempre lo supe, no me parecía muy cuerda.

—No sé —le dije—. Es difícil juzgar.

Billy le dio un trago a su cerveza y negó con la cabeza.

—Yo sé —dijo después—. Lo que digo es que todo lo que haces, siempre te regresa.

And then one day you find ten years have got behind you. No one told you when to run, you missed the starting gun.

Salimos de la pizzería veinte minutos antes de las diez. Nos dirigimos a mi camioneta Ford estacionada en la calle. A lo lejos se escuchaba el sonido de una banda de rock que tocaba en vivo. Miré hacia la izquierda: frente a la puerta de un bar, dos chicos de pelo largo y una chica, todos vestidos de negro, fumaban cigarrillos.

—¿Qué tal una cerveza más? —le dije a Billy, señalando con la llave de la camioneta el lugar de donde provenía la música. Billy se encogió de hombros y empezó a caminar en dirección al local.

Dentro había poca gente, unas quince personas, me pareció. El lugar era una cuadrada sala oscura donde tocaba una banda de chicos que calculé no tenían más de veinte años. Vestían sencillamente: *jeans*, camisetas y zapatos tenis. Más que músicos parecían colegiales. Tocaban una canción que yo no conocía. Algo reciente, supuse. Pedimos cervezas y nos quedamos de pie junto a la barra. Me sentía cansado y melancólico, así que conversé poco durante el resto de la noche.

Volví a casa a alrededor de las doce y media. Leila ya estaba dormida. Me desvestí sigilosamente para no despertarla, me lavé los dientes y me metí en la cama. Encendí la televisión, sintonicé un partido de béisbol casi sin volumen y me dormí inmediatamente.

El domingo, al despertar, tuve la certeza de que había algo que debía terminar. No sabía exactamente cómo ni qué, pero debía terminarlo. Recordé mi sueño. En él yo andaba por un camino terroso en

busca de Leila, a quien siempre divisaba lejana en el horizonte. Cuanto más rápido avanzaba, más rápido parecía caminar ella también. Se hacía de noche y pronto fue imposible dar un paso en firme, hasta que en una ocasión caí en el fondo de un agujero —tal vez un pozo o una zanja, en el sueño nunca llegaba a saberlo— y, en ese momento, despertaba con la angustia de nunca dejar de caer.

Preparé huevos revueltos para Leila y para mí, y los serví con frijoles negros y café. Desayunamos en el comedor de la cocina, frente el televisor. Mientras veíamos un programa de cocina que transmitían en un canal de cable, le narré a Leila mi sueño. «Creo que significa que hay algo que tengo que cerrar», le dije, y les di un bocado a los huevos.

—Tal vez sí, y si no lo hacés no vas a encontrar tu camino hacia mí —me dijo Leila con una sonrisa sarcástica, apuntándome con el tenedor.

Afuera, el sol de marzo brillaba sobre un cielo limpio. Las hojas del árbol de matilisguate en nuestro jardín permanecían casi inmóviles, como si el viento hubiera desaparecido de sobre la tierra. Observé a Leila salpicar sus huevos con picante en polvo. Llevaba el pelo recogido en una cola y vestía un sudadero negro, muy gastado por el uso, que yo le había regalado en una Navidad tres años atrás.

«Tal vez tiene razón y continuo perdido», pensé. «Tal vez no pueda estar tranquilo hasta que encuentre un camino de ladrillos amarillos de regreso a casa». Al terminar de comer me duché y, sin pensarlo demasiado, me senté en el comedor a escribir en la computadora.